

mente de acuerdo. Ambos admiramos a un hombre profundamente, prodigiosamente: y ese hombre es usted mismo.

Con lo que soy, querido Chagas, servidor y amigo;

EÇA DE QUEIROZ.

IV
INGLATERRA Y FRANCIA, JUZGADAS

POR UN INGLÉS

Hace días encontré sobre mi mesa, llenando con desordenados garabatos tres hojas de papel Whatman, una carta en que mi perro *Don José* contaba sus impresiones de Francia a mi gata *Pussy*.

Don José es un perro inglés, gordo, sesudo, conservador, que ahora por primera vez salió de Inglaterra conmigo, y vino a descansar de un rudo invierno sajón en estos aires suaves, tépidos, casi latinos, del país de Anjou... *Pussy* es una gata inglesa, color de manteca, que quedó en Inglaterra, caseramente, durmiendo en un rincón del fogón.

Don José pertenece a esa raza ilustre e histórica de perros que los ingleses llaman *pug* y los franceses *carlin*. Italiano de origen, introducido en Francia por el Cardenal Mazarino, el *carlin* se convirtió, desde el siglo XVII, en el perro favorito de la Monarquía, como el galgo había sido el perro fiel del Feudalismo. Y, en efecto, al final de la Fronda, después de ese último esfuerzo del espíritu feudal, es cuando el *carlin* mete por primera vez el hocico en la Historia. La turbulen-

cia aventurera de los galgos les hacía incompatibles con una aristocracia pacificada y policiada, en que ya tampoco había lugar para la galantería heroica de las Longueville, de las Chevreuse, de las Chatillon; esas damas sediciosas y sentimentales que alternaban las indolencias del amor con la fatiga de las campañas, y aun fatigadas de la *chaise-longue*, iban, con sombreros de plumas y seguidas de galgos, a guerrear en Picardía, con Turenne o con *Monsieur le Prince*. El *carlin* pesado, obeso, pacato, ceremonioso, era realmente el perro que convenía ahora a la Francia centralizada y unificada bajo la autoridad real. Por eso es esencialmente el perro de Luis XIV y de Versailles—tan característico del *gran siglo* como las cabelleras de bucles, la tragedia clásica y la aparatosa simetría de los jardines de Le Nôtre—. A medida que Luis XIV envejece, que va absorbiendo todo el Estado dentro de su propia majestad, de suerte que ya no se ve a Francia y sólo se ve al Rey, la importancia del *carlin* crece paralelamente. Llega a tomar parte en los Consejos de Estado, tan nutrido que no se puede mover del cojín; entre Luis XIV, ya lleno de arrugas, ya con la fístula, mortalmente tétrico, y Madame de Maintenon, hipocondríaca, cubierta de negro, con su libro de rezos en la mano. De la residencia en Versailles, el *carlin* conserva la nobleza de los bellos modales, las actitudes de gala, la majestad del hocico y ese modo de mirar con la piel encogida, en que se siente el orgullo de los Borbones y del derecho divino. Su mismo estilo de ladrar tiene un ritmo pomposo que no se oye en los otros perros; no diré que sea tan suave como los versos de Racine; mas adviértese que esta raza oyó predicar a Bossuet. Durante el reinado de Luis XV el *carlin* permanece siendo perro de la corte y de la Casa de Francia.

En los grabados de la época, en los retratos, en los paisajes de abanico, no se ve ninguna graciosa dama de guardainfante (1) sin tener, como contraste de su gracia, un paje negro y un *carlin* gordo. Sin embargo, la gran gloria del *carlin* en el siglo XVIII fué haber sido adaptado por la Filosofía y por las Letras. Había *carlin* en el salón erudito de Madame du Deffant. Diderot tenía un *carlin*. Y atendiendo a la influencia que el perro ejerce sobre el hombre, puede decirse que el *carlin* no es ajeno a la Enciclopedia. Fué entonces cuando Inglaterra recibió de Francia el *carlin*, como ya recibiera otras formas del gusto: la pulidez, el corte de las casacas, la corrección de la prosa, la ligereza moral, los bailables y la elocuencia sagrada.

Mas, verdaderamente, es durante la Revolución cuando el *carlin* se establece en Inglaterra. Después de la toma de la Bastilla, atraviesa el canal de la Mancha con la aristocracia emigrada; y habiendo encontrado por fin una tierra en que el pueblo no se considera hecho de la misma osamenta que la nobleza y encuentra hasta excelente que él patalee en el lodo mientras los Lords se embriagan en las nubes—el *carlin* tórnase el *pug*, hace de Inglaterra su patria y arraiga confortablemente para siempre en la paz lujosa de los castillos, al abrigo de la democracia y de la *blague*.

Así fué como el *carlin* desapareció de Francia. Hoy constituye una antigualla. Si por acaso aun se encuentra, es en alguna silenciosa calle de villa dormida de provincia, siguiendo tropezonamente a una vieja marquesa de caracoles blancos, que, encogida en su manteleta de franjas y pegada a los muros tristes de los

(1) Las anquillas (*anquinhas* en portugués) eran el aparato que usaban las damas para sostener las caderas; era el sinónimo de nuestro guardainfante.—N. del T.

conventos desiertos, se va arrastrando hacia el *Lausperenne* (1).

El *pug* es hoy, pues, un perro exclusivamente inglés, desprendido de su patria francesa, pudiendo simpatizar con ella o detestarla, según una impresión personal, sin que en su clara razón actúen influencias de origen o recuerdos sentimentales. Para el *pug*, el francés no pasa de ser un extranjero; y según los hábitos de la nación que lo perfiló, ordinariamente le ladra. Por eso esta carta de *Don José* me parece un documento sincero e instructivo. Y aquí la transcribo con sus incorrecciones, los bruscos resúmenes, las generalizaciones excesivas, en que se siente al animal que piensa *en bloque*, sin nuestras distinciones desmenuzadoras, sin la delicadeza crítica de nuestras medias tintas.

"*Pussy amiga*: Aprovecho la ocasión en que nuestro amo fué a la Biblioteca, lugar de sabiduría y de soledad, donde yo no soy admitido, para escribirte lo que pienso de esta tierra de Francia, como te lo prometí al abandonar Inglaterra, en aquella mañana en que había una niebla tan triste..."

"Aquí no hay niebla, y esta es la primera superioridad de Francia sobre nuestra patria gloriosa y hosca. Bajo este cielo sin nubes, las neblinas del espíritu disípanse también. Ahí las ideas (y las mías no son difíciles) aparecíanme siempre tan vagas e indeterminadas como nuestros edificios de ladrillo a través de la niebla húmeda; aquí tengo las ideas tan nítidas como

(1) Es el modo vernáculo de denominar en Portugal las fiestas eclesiásticas en que está reservado el Santísimo Sacramento.—N. del T.

estas casas blanqueadas que se recortan, con precisión y relieve, sobre el cielo azul-prusia. Por la mañana, en el patio del Hotel, entre las plantas en flor, cuando me estiro al sol, con todo este azul por encima y la caricia suave del aire corriéndome por el lomo, el pensar conviértese para mí en un placer delicado."

"Esta misma influencia del cielo suave me ha quitado la hipocondría; ya no siento, como en Inglaterra, el atormentado deseo de aullar; antes bien, me apeetece ahora un ladrar ligero y cantarín, que es como la expresión triunfal de la alegría de vivir. Este clima templado es el que da a los franceses los modales suaves. Entre nosotros la bruma helada actúa sobre los caracteres como sobre la piel; los hiela, los torna ásperos al contacto. Ahí, cuando nos encontramos, gruñimos torvamente; aquí nos lamemos. Nada facilita más una civilización que un buen clima. Aun ayer decía un inglés gordo que está aquí en nuestro hotel y que manda al *Times* correspondencias sobre Política y sobre Moral, con la firma de *Un amigo de la Imparcialidad*; aun ayer decía con aquella profundidad que le caracteriza: *Siempre que el hombre está al sol y que éste no incomoda, experimenta, tanto moral como físicamente, una satisfacción mayor que cuando está a la lluvia.*"

"La primera impresión que me dió Francia, *Pussy*, fué de una adorable variedad, procedente tal vez de la democracia. Tomo por ejemplo las fisonomías de los perros. En Inglaterra, nosotros estamos divididos en cinco o seis razas, aisladas unas de las otras como castas en la India, sin convivir, sin cruzarnos, irreconciliables y casi hostiles. El resultado es que en cada clase, el tipo inicial reproducese en todos sus individuos fielmente, fotográficamente, con una monotonía

intolerable. ¿Eres tú capaz de distinguir un perro *fox-terrier* de los otros ocho mil o diez mil *fox-terriers* que honran nuestra patria? No. Todos son blancos como este papel, suaves como cachemira, del mismo tamaño, con el mismo trozo de rabo corto y derecho, una pelusilla castaña en el hocico, el aire ligero, honesto y tierno. Parecen acuñados por el mismo molde, como las libras; y el hombre que pierde a su perro no puede distinguirlo más del perro de su enemigo.”

“Por otro lado, como en Inglaterra todos los hombres de la misma clase tienen el mismo corte y color de patillas, y usan exactamente la misma levita, y traen en la solapa la misma flor, y calzan guantes del mismo color, y caminan con la misma elasticidad de paso, y hablan con el mismo timbre de voz, y saludan del mismo modo brusco, si un perro pierde a su dueño no lo puede diferenciar de la multitud uniforme. Dirás tú que lo debe conocer por el olor. ¡Difícil, *Pussy*, muy difícil!... Todos los hombres en Inglaterra tienen el mismo olor, que está compuesto de jabón Windsor, tabaco Maryland, agua de Colonia y carbón. Dirás tú que un perro puede interrogar a su amo y diferenciarlo por las opiniones; no, porque todos los ingleses tienen las mismas opiniones y se expresan con las mismas frases. La posición de un perro, en este caso, es entontecedora; y es por eso por lo que muchas veces hemos pensado en poner colleras a nuestros amos.”

“Lo mismo sucede con las casas. ¿Cómo un pobre perro que no sabe leer números puede distinguir la vivienda de su amo en esas largas manzanas de casas de ladrillos, sin fisonomía y sin individualidad, en que todas las fachadas tienen la misma puerta pintada de negro, el mismo visillo medio levantado en la misma

ventana, y por detrás de la misma vidriera el mismo tiesto blanco con el mismo geranio triste? Dirás tú, *Pussy* ingeniosa, que es fácil penetrar por la ventana entreabierta y reconocer la casa por el mobiliario; no, porque todas tienen la misma silla cubierta de cuero a un rincón del fogón, el mismo espejo en la pared forrada del mismo papel, y en los mismos marcos floridos los mismos grabados enternecedores. El gran horror de nuestra patria es la igualdad (1).”

“Ahora bien: como dice el *Amigo de la Imparcialidad*, con aquella elevación de ideas que le hace tan venerable: *Cuando las cosas se asemejan absolutamente unas a otras comienza a dejar de haber variedad.*”

“Aquí, en este país que me cuesta trabajo entender, y donde los marqueses son socialistas de la subdivisión anarquista y la restauración del Derecho Divino es reclamada por bohemios sin botas de la taberna del Gato Negro; las razas diferentes de perros, al cruzarse, han producido una deliciosa infinidad de tipos. ¡Qué fantasía, qué imprevisto, qué originalidad, qué pelo, qué hocicos en esta multitud de perros nacidos de mezcla de sangres diversas, y del barajar de temperamentos contradictorios!... Quisiera que vieses a un amigo que tengo aquí en el hotel. Su nombre clásico es *Priamo*: muy viejo, muy pequeño, tiene una obesidad de canónigo, padece de reumatismo, rezonga y gime, se entrega al libertinaje y gusta de la cerveza; cuando se mueve es para apelonarse, con el aspecto tocinoso de un cerdito de la India; pero ordinariamente, sobre todo después de la cerveza, está sentado de espaldas a una puerta, con la barriga hacia arriba, los ojos lagrimeantes, un

(1) Yo me atrevería a traducir la fuerte palabra portuguesa *a mesmice* (de *mesmo*—mismo) por la *mismez*; pero temo que se me subleven los alabarderos del idioma.—N. del T.

pedazo de lengua bermeja colgándole del hocico; ¡imagen estupenda de un pequeño sileno borracho!...”

“¡Y las perras, *Pussy!* ¡Ay, las perras!... ¡Qué gracia, qué gesto, qué finura, qué aire vibrante y leve, qué tono irresistible de ladrar, qué *pschutt* en el olfatear!... *Pussy*, si no fuese la respetabilidad que me da la nutrición y la cautela que debe tener un perro de mi tradición histórica, yo hacía tonterías. Y las señoras tienen los mismos encantos. Les encuentro un sentimiento más vivo que el de nuestras inglesas, color de oro y de marfil, y de una expresión más agradable. Una dama inglesa, si me encuentra con mi amo, me dice como le dice a él y como diría a Jesús si lo cruzase en la calle: “*Good morning, sir.*” Aquí las francesas que me ven caen de rodillas, con el corazón y los ojos en blanco, bésanme todo el hocico, gritanme en un éxtasis: “*Oh, le beau toutou! Oh, le beau chéri! Oh, qu’il est beau!*...” Tal vez las otras, con su seco y correcto *Good morning*, sean más sinceras y más profundas que éstas con sus *toutous* y sus *cheris*. No importa; para mí vale más un besuqueo, que yo saboreo luego en el hocico, que una grave simpatía de alma que queda escondida dentro de las varas de tela del corpiño. Como dice el sapientísimo *Amigo de la Imparcialidad*, en una de aquellas admirables máximas que recuerdan a los Platones y a los Aurelios: *las cosas que están a la vista, consideradas en relación con las cosas que están ocultas, tienen, tanto para el individuo como para la sociedad, la ventaja de poderse ver!*...”

“Nosotros afirmamos en Inglaterra, con la Biblia apretada contra el corazón y la garrafa de ginebra escondida debajo de la mesa, que la moralidad de nuestras costumbres es superior a la de todas las naciones

del Universo. Tú sabes, *Pussy*, cómo esta púdica afectación nos parece divertida, a nosotros, perros y gatos, testigos permanentes de la vida íntima, delante de quienes los seres racionales, en su imbécil orgullo y suponiendo que somos mudos, no se toman la molestia de tener recato... Inglaterra es una pocilga de abyección. Francia es un salón de libertinaje. *Pocilga, salón*; la diferencia está aquí. El pecado, entre estos amables franceses, es amable también; lo dora un aturdimiento juvenil; tiene en el fondo una puntita de sentimiento o de sensiblería, y en el beso más superficial hay siempre bastante emoción para hacer, en caso necesario, una lágrima. En Inglaterra el pecado es brutal y huele a aguardiente.”

“Nosotros decimos también en Inglaterra que los franceses, perro y hombre, tienden a trasnochar, no aprecian el encanto del hogar como se apreciaba ahí en Inglaterra, y no tienen como nosotros la veneración de las cosas domésticas. De todos nuestros alardes, *Pussy*, es éste de fijo el más desfachatadamente impúdico. Tú sabes, *Pussy*, cómo ahí nuestros amos, apenas se enciende el gas, se largan tan derechos y tan vivaces hacia los clubs como éstos se van aquí hacia el café. Solamente que en Inglaterra, todo ser racional, con pantalones, tiene un club, frecuenta un club que le retiene, con la baraja y la bebida, lejos del hogar doméstico; y que los que van de noche aquí hacia esos lugares forrados de espejos donde se juega al sereno dominó y se filosofa amenamente, son en general celibatarios y bohemios; lo mismo que ahí van melancólicamente hacia una taberna sin espejos a trasegar copas de cognac. Hay seguramente entre nosotros sujetos que, de vez en cuando, pasan la noche en zapatillas al lado de su estufa; mas ¿acaso tornan con su presencia la

sala más animada y más alegre la velada de familia? Nosotros sabemos, *Pussy*, cómo transcurren esas horas sombrías en que el tedio fluye de las paredes, penetra por los resquicios de las puertas y se agolpa en los pliegues de las cortinas. El caballero, de pipa en los dientes, lee taciturnamente su periódico; *Madame*, de toca y broche de oro, teniendo al lado la copa de cognac, lee desabridamente el *magazine*. De vez en cuando sueltan el papel y riñen; y si sucede que viven en una armonía bien compuestita, dejan caer la prosa y dormitan. Los hijos, si son pequeños, viven desterrados allá arriba en la *nursery* con la criada; el papá apenas tiene respecto a ellos la vaga noción de que están vivos y continúan consumiendo su copiosa ración de pan con manteca. Si los hijos son crecidos, están en las colonias o en el barrio vecino, mas siempre fuera de casa y sin relaciones, ni por visita ni por carta, con el hogar de origen. Si son prósperos y ricos, el padre les quita el sombrero o habla a veces de ellos a las señoras; si fracasaron en la vida, pasan a ser para su progenitor como viejas latas vacías de sardinas de Nantes, destinadas al estiércol social. Por su parte, los hijos, si no se separan del hogar paterno, consideran negligentemente al padre como un mero dueño de hotel, y ni *padre* le llaman; llámanle *governor*, el gobernante; la madre, ésa es buena para tratar de la ropa blanca, y es denominada *the old woman*, la vieja; y ordinariamente estas personas siéntanse a la mesa, en torno del perol del té, para decirse unos a otros cosas desagradables... Entre tanto, ¿qué está el caballero leyendo en su periódico y qué está leyendo la dama en su *magazine*? Que sólo en Inglaterra existe el sentimiento doméstico y que sólo ahí el hogar es dulce y unido. Ahora bien; en esto es en lo que somos admirables: en la *réclame*.

Atribuímonos majestuosamente todas las virtudes, negámoslas a los demás con amargura, y esperamos que el mundo nos inciense en nuestra perfección. Y el mundo, ingenuamente, crédulamente, inciensa. Cuando una nación afirma, con energía de hierro y voz de trueno, que es grande, pasa inmediatamente a ser grande. Las otras no tienen tiempo de ir allí a comprobar; y como dice el *Amigo de la Imparcialidad*, con su habitual esplendor de pensamiento: *nunca se puede afirmar con certeza que una proposición es falsa mientras no se sabe con evidencia que es contraria a la verdad.*"

"Otra cosa que me espanta aquí es el sentimiento de igualdad. Aún ayer vi a un esbelto galgo, de la más vieja nobleza de Normandía, con abuelos citados en las crónicas de Froissart, corriendo y retozando con un perrico proletario de pelo áspero, perteneciente a las últimas capas caninas, socialista tal vez. En Inglaterra, un perro de la Cámara de los Lores preferiría cortarse el rabo a que le vieran conversar con un perro de la plebe, aunque fuese tan honesto como un Catorn y sólido en el trabajo como una máquina. Y lo que me sorprendió es que el proletario estaba completamente a gusto, sin timidez y sin servilismo, hablando al galgo como a un igual, seguro de que Dios los hizo a ambos perros y con idénticos derechos a los huesos de este mundo... En Inglaterra, el perro plebeyo perdería la voz de emoción o se arrojaría a lamer con idolatría las patas del galgo Lord, si un galgo de la aristocracia, por una aberración mórbida, o en un momento faceto de embriaguez, o para ganar una apuesta excéntrica, viniese un instante a fraternizar en la calle con un perro de la ralea."

"Ahora bien; si la civilización no significa igualdad, entonces no significa nada. Nosotros los ingleses somos

un pueblo de hombres libres... que es al mismo tiempo un pueblo de sabandijas.”

“Y, sin embargo, como dice nuestro compatriota, el erudito *Amigo de la Imparcialidad*, con aquella sagacidad de miras que le ha de granjear el hábito de Santiago: *es mejor que el hombre no se rebaje, porque entonces tiene, según las leyes de la Naturaleza, una gran probabilidad de conservarse derecho.*”

“Pasando incidentalmente a otro aspecto hermoso de la civilización francesa, déjame hablarte, *Pussy*, de la cocina. ¡Qué cocineros estos hijos de la Galia!... Y ¡cómo al pie de estos refinamientos y de estas salsas, nosotros somos aún el silvestre bretón, cubierto de pieles de fieras, que en el fondo lóbrego de sus cavernas devoraba pedazos sangrientos de carne mal asada, antes de que San Patricio hubiese arribado a estas islas con su cruz en la mano, a contarnos las cosas tristes que habían pasado en Jerusalén!... Tú sabes que yo gusto siempre de comer con mi sopa una zanahoria. En Inglaterra dánmela invariablemente dura, medio cruda, sin sabor y lívida; aquí es tierna, es dulce, es perfumada, y es de un lindo tono verde... Apenas es más que una zanahoria; pero en esto poco, ¡Jesús mío, cuánta gracia y cuánta perfección!...”

“Dirás tú, *Pussy*, que en compensación poseemos el Imperio de las Indias. De acuerdo. Mas yo como la zanahoria por causa de mis trastornos intestinales de perro gordo, y la zanahoria bien cocinada me da alivio, que de ningún modo me lo da la certeza, por lo demás lisonjera, de que S. M. la Reina Victoria, a quien los ángeles sonrían, es Emperatriz de las Indias. Y si hubiese un criado tan imprudentemente patriótico que, al servirme en Inglaterra la acostumbrada zanahoria dura y pálida, me recordase, como consuelo

y como compensación, nuestro dominio de las Indias, yo le mordía.”

“Por lo demás, *Pussy*, yo soy inglés; sé que a Inglaterra pertenece el gobierno de los continentes; sé que su lugar en la civilización es el más vasto y el más noble. No es una zanahoria mal cocida lo que me oculta la grandeza moral de la patria. Y soy de la opinión del profundo *Amigo de la Imparcialidad*, que dice con su usual amplitud de ideas, en su frase tan tersa: *Suprimid Inglaterra de la faz del globo e inmediatamente veréis, con sorpresa y con dolor, que la superficie del globo tiene una nacionalidad menos... Muy justo, pero...*”

Aquí, sintiéndome volver de la Biblioteca, *Don José* interrumpió su carta. Yo no concuerdo con algunas de sus opiniones excesivamente genéricas. Sin embargo, estas mismas opiniones, que lo abarcan todo en un solo cachiporrazo, son característicamente inglesas. Todavía ayer leía yo en una revista de Londres, la *Modern Society*, el estudio de un autor estimado sobre “las mujeres francesas”. Y al punto en la primera página, ese crítico, que tiene la cabellera entretejida de laureles, sorprendióme singularmente diciéndome: “que las mujeres francesas son todas pequeñas, de pelo muy negro y áspero, como crines, con un color de piel verdoso y obscuro, el aire aceitoso y un bozo tan fuerte sobre el labio superior que es casi un bigote!...” Es evidente que este escritor se engañó. Al componer laboriosamente su artículo, basado en el Diccionario de Geografía Universal, tomó del estante, por equivocación, el tomo sobre Marruecos en lugar de sacar el volumen sobre Francia y, queriendo describir las fran-

cesas de París, describió las marroquíes de Fez. Engaños de éstos son fáciles y no obstan para que un autor continúe siendo aclamado por sus conciudadanos...

Así también, hace días, el más esclarecido diario de Londres, *Daily News*, decía en un ponderado artículo de fondo, a propósito de la guerra en el Tonkín, "que París no es en cosa alguna superior a Pekín". Es claro que este periodista estaba embriagado. Casos de éstos pueden suceder: se camina en un día frío hacia la redacción, se entra en un comfortable café, se carga un poco en el cognac, se sale pesado y confuso; y Pekín y París, danzando una zarabanda alegre en el cráneo del crítico, se le aparecen, a través de las fantasmagorías del alcohol, ambos adornados con la trenza. Ocurrencia explicable y que no impide que un diario continúe bañando abundantemente de luz la inteligencia de sus suscriptores.

Sólo que ¿no os parece, amigos, que, ya en el caso de equivocación con el diccionario, ya en el otro más lastimoso de la embriaguez, esta prontitud en generalizarlo todo denota una tendencia condenable en el espíritu inglés y en la Prensa inglesa, esa lámpara conductora de la tierra? ¿Pues qué? ¿Todas las damas, aunque sea en Marruecos, con bigote? ¿No habrá siquiera, a la sombra lánguida de los jardines del Jerife, una más favorecida por Mahoma, que tenga el dulce labio limpio de pelo?... ¿Y París en cosa alguna superior a Pekín? ¿Pues señores! ¿Conque ni la Avenida de la Opera será un poco mejor que la famosa calle de la Choua, la principal de Pekín, donde mendigos desnudos roen huesos en el lodo y a la esquina cuelgan jaulas de mimbre con las cabezas de los decapitados chorreando sangre? ¿Pues ni al menos Re-

nan y el viejo Hugo, y Pasteur, y Vacherot, y Taine, serán más interesantes que esos sabios mandarines que reciben el botón de cristal de la Sabiduría desde el momento en que son aprobados en Gramática?

Evidentemente estas generalizaciones son desconsonadoras. Y ellas son la manera usual de juzgar en la Prensa inglesa, en los libros de viaje ingleses o en una conversación inglesa.

Por eso las disculpo en *Don José*. En él, por lo demás, no hay el rasgo grosero y brutal. *Don José*, de todos los escritores ingleses, paréceme el más moderado. Y esta moderación hasta le torna mezquino, retraído y apocado, cuando ha de escoger adjetivos para designar al *Amigo de la Imparcialidad*, llamándole el *sapientísimo*, el *eruditísimo*, el *ilustre*, el *profundo*. Adjetivos aceptables cuando se hable de Aristóteles o de Buffon; pero cuando se trata de este asombroso colaborador del *Times*, de todo punto mezquinos e insuficientes.

1890.